

Un lugar habitable

Sebastián
Enseñat



Novela_

EL GUARDIÁN LITERARIO

Un lugar habitable

Sebastián
Enseñat



Novela_

EL GUARDIÁN LITERARIO

Capítulo 1

“Esta inocencia es temible”.

ALBERT CAMUS

Julián hubiera querido ir a la playa, pero tuvo que quedarse encerrado en la casa de Miramar. Gonzalo tenía cuarenta grados de fiebre y Sara dijo que era imposible que se levantara de la cama hasta tanto no mejorase. Para colmo, ese mismo lunes, Emilio había vuelto a Buenos Aires para cerrar unos temas laborales que habían quedado pendientes del año anterior. Regresaría a Miramar en setenta y dos horas. Si se hubiera quedado en la costa, Julián podría haber ido a la playa con su padre en lugar de tener que velar por su amigo enfermo.

—¿Querés que viajemos unos días más tarde? —Sara le había propuesto a Emilio en la noche de Año Nuevo. Estaban en la casa de la tía Renée, en San Isidro, a pocas cuadras del colegio al que los chicos asistían. Eran incontables las veces que Julián almorzaba en la casa de la tía, un poco porque ella le cocinaba hamburguesas con papas fritas igualitas a las Pumper Nic, y en la mayoría de los casos porque los padres no podían buscarlo y la empleada doméstica prefería no hacerlo. Julián se quedaba también en la casa de Gonzalo mientras su amigo

no tuviera clases en la escuelita de fútbol de Silvio Marzolini, que funcionaba en el club del Sindicato Obrero de la Industria del Vestido y Afines, en el bajo Victoria.

Julián no podría asegurarlo, pero cree que una tarde Gonzalo se sintió algo feliz después de haber hecho una jugada increíble que casi termina en gol. Al otro día, durante la clase de Ciencias Naturales, su amigo le contó la proeza fallida con un entusiasmo que no le había conocido hasta allí y que nunca más volvió a repetirse. Sólo al final de la historia, después de que la pelota se fuera apenas rozando el palo, Gonzalo volvió a su estado original y miró a Paula durante diez segundos sin que ella le retribuyera la mirada. Julián podría haberle dicho que era un paso adelante, que la próxima vez seguramente la pelota entraría, pero lo consideró una pérdida de tiempo. Además, se acercaba la hora del recreo. Sin que la maestra lo notase, sacó plata del bolsillo de su delantal y contó los billetes necesarios para comprar un árabe de jamón y queso en el quiosco.

—Viajemos el sábado como habíamos previsto, yo podría volver el lunes y terminar de solucionar esos asuntos. —Emilio tomó un trago de sidra y pensó que la idea era buena. Le dejaría el auto a su mujer por las dudas de que tuvieran que salir con urgencia hacia alguna guardia y se tomaría un micro a la Terminal de Retiro. Incluso decidió que no iría a su casa de Beccar. Podría alojarse en un hotel cercano a la oficina ubicada a pasos de la Plaza de Mayo. De esa manera, resolvería el trabajo con más rapidez y, sobre todo, más descansado.

Le entusiasmaba disfrutar de unos días de tranquilidad en la ciudad semivacía. Ni siquiera se habían subido al auto y ya imaginaba la impaciencia de su hijo porque lo llevara a barrenar olas o a los videojuegos. La verdad es que de Gonzalo no esperaba mucho. Cada vez que Julián lo invitaba a su casa, Emilio se preguntaba por qué alguien querría tan poca cosa de la vida a una edad tan temprana, luego se servía un vaso de whisky sin tener en cuenta las actividades extracurriculares que el amigo de su hijo realizaba con tan limitado esfuerzo.

Emilio manejaba el Ford. Sara avisó que pronto atravesarían el puente de La Boca, quería que vieran el Estadio que se erige a orillas del Riachuelo. Julián levantó la vista del Memotest y contempló la Bombonera con desgano. Gonzalo siguió con la vista en las dársenas que se veían del otro lado. Se enteró de lo que se había perdido sólo después de que Julián le hubiera hablado directamente.

—¿La viste?

—¿A quién?

—A la cancha de Boca.

Gonzalo miró hacia atrás, pero la cancha ya había pasado.

—¡Dale, Boquita! —fingió Sara y no halló respuesta. Falta un tirón, suspiró en silencio. Le dijo a su hijo que dejase el Memotest y que jugase con Gonzalo al culo sucio o a la escoba de quince. Emilio sugirió que era lo mejor antes de que decidiese tirar el jueguito por la ventana.

—¿No hay forma de que le saques el sonido, hijo?

—Jugamos a las cartas, pá. —Julián giró el torso para dejar el Memotest en la luneta. Agarró las cartas que estaban allí mismo y volvió a ponerse de frente. Gonzalo se había dormido. Recién en la Ruta 2, después de que se hubiera perdido la señal y se oyeran sólo interferencias, Julián se dio cuenta de que un señor no había dejado de hablar por la radio.

—¿Por qué no dormís vos también? Ya vamos a llegar al parador de Villa del Sur y nos van a regalar yogur —dijo Sara.

—No tengo sueño.

—¿Querés leer los chistes? —La mamá le pasó el Clarín por encima de su cabeza—. Cuando paremos en una estación de servicio te compró la Condorito.

Julián leyó en el diario que el Papa respaldaba a los sindicatos polacos, que la situación nacional inquietaba a la Iglesia, y que Fillol decía que si no cumplían, quería irse de River.

A la tardecita llegaron a Miramar. Deshicieron las valijas y Sara le pidió a Emilio que llevara a los chicos a la playa para que jugasen un rato. Ella aprovecharía para poner la casa más o menos en condiciones, luego se subiría al auto e iría buscar a Mabel, la chica que hacía la limpieza todos los años y vivía en una casucha cercana a la ruta.

El primer día en Miramar había amanecido hermoso. El sol brillaba y Gonzalo aún no había dado síntomas de enfermedad; sólo conservaba la negativa de decir que no a los ofrecimientos que le hacían. Julián

no entendía por qué alguien podría desistir de comer un pirulín en la playa, aunque debió aceptar que la primera vez que se metieron al mar, se sorprendió de que Gonzalo haya sido mucho más intrépido que él. Su amigo se había internado tan en lo profundo, que a Julián le pareció que estaba empeñado en llegar a un lugar que ningún otro habitante de la playa veía. Emilio los controlaba desde la orilla con un cigarrillo en los labios; incluso los guardavidas parecían ajenos al inminente desastre. Pero de pronto la rompiente de una ola devolvió a Gonzalo desde el fondo del mar y las próximas veces que entraron al agua, él ya no volvió a emprender el camino hacia lo desconocido.

Esa noche, los cuatro fueron a comer pizza. Emilio no les aseguró nada, pero les dijo que posiblemente consiguiese tres entradas para ver un partido de la Copa de Oro que se jugaría en el Estadio Mundialista de Mar del Plata. Gonzalo abrió los ojos, preguntó quiénes jugarían. Julián, en cambio, propuso que antes o después del partido, fueran a tomar un helado a Massera. Sara avisó que mientras estuviesen en la cancha, ella pasearía por el puerto y los esperaría para comer en Chichilo.

El plan se deshizo a pedazos. Luego de haber llevado a su marido a la Terminal, Sara volvió apurada para despertar a los chicos y aprovechar el día que, otra vez, se presagiaba maravilloso. Pero había llegado la fiebre.

El médico dijo que si la temperatura no bajaba, lo mejor sería llevar a Gonzalo a Mar del Plata para que le hicieran estudios más profundos. Él no podía asegurar

que en los próximos días el estado del paciente mejorase. Dejó unas recetas y Sara lo acompañó a la salida. Ella pasó por la cocina, le dijo a Mabel que las habitaciones las dejase sin hacer, que de todas maneras le pagaría el día completo. Volvió a la pieza y le puso a Gonzalo una toalla húmeda sobre la frente.

—¿Querés algo, corazón?

—Quiero ir a la playa.

Julián estaba parado al lado de la puerta. Se preguntó si la tarde anterior, mientras la ola gigante lo tuvo envuelto entre sus garras hasta que finalmente lo tiró a la orilla, Gonzalo no se habría golpeado la cabeza contra la arena. Sara se dispuso a salir de la pieza y le acarició la mejilla a su hijo. No se la sacaba de encima, peor que a un perro. Julián tiró la cabeza hacia atrás y se dio la nuca contra el marco, miró a su amigo que tenía las manos entrelazadas a la altura del abdomen y no podía creer lo que veía.

El martes Gonzalo no había mejorado. Sara se comunicó con los padres del chico para explicarles la situación. Liliana dijo que se tomaría un micro a Miramar en el caso de su marido no la pudiera llevar. Sara la tranquilizó, le sugirió esperar unas horas para ver si la medicación por fin hacía efecto. De lo contrario, ella no tendría problemas en volver a Buenos Aires con el enfermo.

—¿Se queja mucho?

—No dice nada.

Pasaron tres horas y la situación había empeorado. Gonzalo se removía sobre el colchón. No te metas en el mar porque te vas a ahogar, repitió cinco veces hasta

que despertó. A esa altura Sara ya había tomado una decisión. Julián se preguntó si no podrían poner a su amigo dentro de una ambulancia y que se lo llevaran de una vez. No quería irse de Miramar.

—Son cosas que pasan, hijo. —La mamá de Julián preparaba las valijas en la pieza de los chicos. Él le daba palmaditas en la cara al paciente.

Salieron después del mediodía. Sara creía que si todo iba bien, llegarían a Buenos Aires al anochecer. Antes de tomar la ruta, se detendría en la casucha de Mabel para decirle que no fuera al chalet al otro día. Siete perros rodearon el auto y anunciaron su llegada.

—Qué se mejore la criatura, doña, Dios lo va a ayudar. —Mabel miró hacia el asiento de atrás. Gonzalo estaba acostado. Julián iba adelante al lado de la conductora.

—Tomá la plata de ayer, cuando regresemos te llamo. —Sara puso primera.

—¿Vamos a volver, má?

—Puede ser, hijito, a ver qué dice tu padre.

—¿Puedo volver yo también? —Gonzalo habló de repente.

—En Buenos Aires vemos, mi vida —Sara espió por el espejo retrovisor; al retomar la mirada hacia adelante, le guiñó un ojo a Julián.

En la ruta había poco tráfico, por lo menos en dirección hacia la capital. Julián miró hacia atrás. Gonzalo se había dormido.

—¿Qué va a hacer papá con las entradas para el partido de fútbol? —preguntó en voz baja.

—¿Vos no querés ir? Yo podría acompañarlos.

Julián largó una carcajada. No imaginaba a su madre dentro de un estadio. Tenía razón. Ni a sus padres ni a él les gustaba el fútbol. No tendría sentido que fuesen a la cancha sin Gonzalo. Hacía cuatro años, los tres habían pasado el rato frente a la pantalla del televisor. Argentina y Holanda jugaban la final del Mundial '78. En verdad su marido y ella miraban el partido mientras que Julián, sentado sobre la alfombra, construía una torre con los rastis. Hasta que el disparo del delantero holandés Rob Rensenbrink pegó en el palo. En el caso de que ese tiro hubiera sido certero, la historia, quizá, habría sido diferente. Sara gritó como si un cuchillo la hubiera atravesado y rompió el silencio que por un instante se había adueñado del aire. Julián se asustó y la torre volvió a desmoronarse.

Se detuvieron en el parador de Villa del Sur. Sara llenó el termo con agua, abrió la puerta del asiento de atrás y le convidó a Gonzalo. Él bebió con avidez.

—¿Puedo tomar yogur?

Sara hubiera preferido que no lo hiciera, pero igualmente le pidió a su hijo que le alcanzara uno. Gonzalo se sirvió dos cucharaditas y lo dejó. Diez kilómetros más adelante, vomitó la alfombra y la parte baja del asiento del acompañante. Sara pensó en dar un giro desesperado y volver a la estación, pero recapacitó a tiempo. Así ocurren los accidentes, pensó. Tiró el auto a la banquina y le ordenó a su hijo que se quedara dentro. Antes de bajar, sacó un pañuelo de su cartera y maldijo que no hubiera un trapo a la vista.

—Perdón —Gonzalo lloraba.

—No pasa nada, amor. —Sara mojó el pañuelo con el agua del termo y le limpió la cara. Luego sacó la alfombra y la metió en el baúl. Encontró un trapo y lo usó para limpiar las salpicaduras del asiento.

—Servile un vaso de agua a tu amigo. —Julián se estiró hasta la parte de atrás. No pudo evitar que se derramase un poco del líquido sobre la palanca de cambios.

—No pasa nada, Gonza, un día yo también vomité en el auto, ¿te acordás, má?

—Sí, Juli, me acuerdo. Listo, vámonos.

Los dos chicos se durmieron. Al señor de la radio no le importaban las interferencias. No había dejado de hablar desde que habían salido de Buenos Aires hacía tres días. Sara puso un cassette de Simon & Garfunkel y se relajó por un rato. Sólo bajaba el volumen ante la inminencia de un control policial. Cada tanto miraba por el espejito para comprobar que Gonzalo respirase.

Julián se despertó a la altura de Berazategui. Las fábricas habían dejado de funcionar. Se percibía la espesura que la ciudad escupía desde sus entrañas.

Sara no dijo que mirasen la cancha de Boca. A su hijo no le interesaba y parecía que Gonzalo, con sus manitos cruzadas a la altura del abdomen, había conseguido la paz.

—¡La cancha de Boca, má!

Sara sonrió. Gonzalo se incorporó con lentitud, pero la Bombonera otra vez había quedado atrás.

Ese verano nadie volvió a Miramar. Gonzalo quedó internado hasta tanto los resultados de los estudios

arrojasen el motivo de la fiebre alta y consecuentemente los médicos decidiesen el tratamiento a seguir. A Sara le pareció oportuno sugerirle a su marido que no volviesen a su casa de la playa. Hubiera sido de mal gusto que lo hicieran sin estar seguros de que el amigo de su hijo mejoraría pronto. Julián lo tomó con resignación. No era extraño que Gonzalo se enfermase o se torciera un tobillo en la escuelita de Marzolini y faltase a su cumpleaños. Pensaba que él siempre debía pagar los platos rotos, una expresión que había aprendido de su mamá durante una cena familiar.

—Es cuando a vos te hacen cargo de algo que no te corresponde —había dicho Sara.

Tan sólo semanas atrás, Julián y Paula habían protagonizado una obra de teatro en el acto de fin de año. Adriana, la maestra de tercero, le había ofrecido el papel a Gonzalo porque creyó que le hubiera gustado participar con la chica. Eran chiquitos, eran inocentes y, sin embargo, la maestra había entendido todo. Él, contrariamente a lo que habrían pensado las malas lenguas, aceptó el papel. Pero la inesperada ausencia de Adriana de la escuela, semanas antes de la presentación, hizo que Gonzalo se negara a protagonizar la obra. La suplente, que nadie recuerda al día de hoy, respetó la voluntad del novio frustrado y le ofreció el papel principal a Julián. Gonzalo sería el mayordomo. Sólo debía decir “la mesa está servida”. Antes de la función, Gonzalo estaba muy pálido, como si recién lo hubieran sacado de un freezer. Su amigo le preguntó qué le pasaba y él le dijo que no

le pasaba nada, la obra empezó, el público disfrutaba de las actuaciones de Paula, Julián y el resto de los actores, hasta que en el tercer acto, correspondiente a la entrada de Gonzalo, él se quedó mudo y no pudo decir las cuatro palabras de su interpretación. La suplente tuvo que intervenir y Julián pensó que la obra se había arruinado, que no tendrían que haberle dado ese papel a su amigo. Paula se acercó a Gonzalo y lo sujetó del antebrazo antes de que su compañerito se desmayase.

Sara y Emilio rechazaron la idea de viajar al exterior. Durante unas semanas los había seducido esa posibilidad. Les resultaba más o menos lo mismo pagar la estadía en una playa paradisíaca o ir a la costa argentina. Desde que se habían puesto de novios hacía más de dos décadas, el chalet de Miramar era su lugar en el mundo, su propio paraíso. Además, aquel sería el primer verano que la pareja pasaría sin el Gordo. Al caer la tarde, Emilio podría disfrutar de los partidos de pádel con amigos sin tener que preocuparse de llevar a su hijo a tal o cual lugar. Sara, en cambio, leería uno o dos libros por semana recostada debajo de la galería, envuelta por el aroma a tierra mojada.

Un día de diciembre, antes de viajar a la costa, Sara se comunicó con una vecina que vivía allí de manera permanente. Le pidió que al otro día fuera a su chalet a recibir a los operarios de la telefónica. Emilio había solicitado la instalación de una línea porque la salud de la tía Renée empeoraba cada día y de esa forma, además,

tendrían controlado a su hijo. Durante enero, el Gordo asistiría a la tía en el caso de que ella lo necesitase. Cuando sus padres volviesen de sus vacaciones, les tocaría a Gonzalo y a él hacer un viaje al sur que habían estado programando durante meses. Era el primero que harían sin la compañía de un mayor.

La vecina dijo que podría quedarse un rato por la mañana, pero que en el caso de que la empresa telefónica no fuera durante ese lapso, le diría a Mabel, que también ayudaba a ella con la limpieza de su casa, para que la cubriese a partir del mediodía.

Mabel fue acompañada con el primero de sus nietos para que el nene disfrutara de las comodidades del chalet. Antes de irse, después de que los operarios hubieran acabado su trabajo, el pequeño preguntó si no podrían quedarse a vivir allí.

—¿Y qué haríamos con los perros? —respondió la abuela—. Acá no tendrían espacio para correr.

Fue el 12 de enero. El Gordo recuerda bien la fecha. Dos días más adelante sucedería el accidente de sus padres. Eran cerca de las nueve de la noche. Emilio había alargado el tercer tiempo del partido de pádel. Se había quedado bebiendo en el club con los amigos. Sara había entrado a la casa porque la luz natural ya se estaba extinguiendo y los faroles apenas iluminaban. Se tiró en el sillón, intentó continuar con la lectura, pero cada tanto se distraía porque el teléfono seguía sin sonar. En el transcurso del mes, Sara y Emilio habían evitado llamar a su hijo para dárselas de padres liberales. El Gordo ya

estaría por cumplir los dieciocho y era hora de que se buscara la vida. Él, naturalmente, tampoco había llamado una sola vez a sus progenitores. Sara sólo se enteraba que estaba todo bien a través de su hermana. La tía intentaba molestar lo menos posible a su sobrino.

—Sólo un día se quedó a comer y me pidió las hamburguesas que le hacía de chico.

El teléfono había sonado cuatro veces hasta que Sara levantó el tubo. En ese mismo instante el Gordo se arrepintió de haber cedido al pedido de su amigo.

—Dale, Gordo, llámalos. —Gonzalo lo apuró para que se comunicara con los padres y les sugiriera que volvieran antes de Miramar, de lo contrario ellos no podrían viajar al sur hasta veinte días más tarde. La empresa de micros que los iba a llevar dijo que habían suspendido los servicios. La única posibilidad que tenían era sacar dos pasajes por otra compañía, pero debían salir dos días antes de lo previsto o esperar un par de semanas. El Gordo hubiera querido que Sara se negara, pero la mamá aceptó regresar. Él no podía sacarse de la cabeza la obra de teatro y el viaje a Miramar fallidos de su niñez, y todavía le dolía que su amigo no hubiera ido al viaje de egresados de quinto año. Pobre Gonzalo, había dicho el profesor de Historia que oficiaba como coordinador apenas vio que el Gordo se sentaba solo en la quinta fila del ala izquierda del micro que los llevaría a Mina Clavero. Julián pensaba que quizás Gonzalo veía algo de su propio ser que se reflejaba en Paula, algo a lo que sólo su amigo tenía acceso. Pero entonces por

qué había tardado tanto en acercarse a la chica. Fue el día que la acompañó a la casa a la salida del colegio, el día que Paula había decidido morir.

Ella había sobrepasado la línea con el pincel en la clase de dibujo.

—¡Qué feo, Paulita! —dijo la profesora y todos se rieron.

Paula se fue del colegio sin despedirse de nadie. Gonzalo le dijo al Gordo que iría a hacer pis y lo perdió de vista. En la calle fingió que sus pasos habituales eran más rápidos que los de ella y la alcanzó. Paula no preguntó por el Gordo. Caminaron algunas cuerdas sin decirse nada. Para Gonzalo lo mejor era creer que Paula no necesitaba que lo hicieran. Para ella hubiera sido bueno que él le hablara de cualquier cosa. No le hagas caso a la profesora ni a todos esos giles que se creen no sé qué, algo así, algo que le apaciguase la tristeza. Ella es un lugar habitable, pensó él. En la esquina de la casa, Paula le dio un beso en la mejilla, dijo hasta mañana y Gonzalo creyó que la vida aún era posible.

El Gordo había ido directamente hacia la casa de su amigo. Liliana le había servido un par de milanesas. Le preguntó a su hijo dónde se había metido.

—Vas a tener que esperar para comer, no sabía que ibas a venir con Julián.

—No iba a venir con nadie, el Gordo se invitó solo.

Julián se rio. Terminó la primera milanese y empezó con que Ramiro los había invitado a la pileta, que estrenarían la temporada, que irían un rato nada más y que no lo dejara solo; que hacían como treinta grados y que

en la vida había cosas peores. La cara se le había puesto roja. Tomó un poco de soda. Liliana sugirió que sería lindo que fueran a la casa de Ramiro. Gonzalo dijo que le gustaba meterse en la pileta. Liliana le ofreció una malla de su exmarido a Julián. Estaban en un cajón con otras prendas que el padre de Gonzalo no había considerado necesarias para perseguir sus sueños. El Gordo dijo que gracias, pero que antes de ir a la pileta pasarían por su casa y allí se cambiaría.

La hermana más grande de Ramiro abrió la puerta. Tenía puesta una bikini y el Gordo dijo entre dientes que estaba buenísima. Ramiro estaba en el jardín, aunque los había visto llegar a través de la puerta de vidrio, no dejó de trabajar sus bíceps con un par de mancuernas de plástico rellenas de arena. Primero un brazo y después el otro.

—¿Qué hacen, campeones? —El papá regaba las plantas del fondo.

—¿Qué hacés, Claudio? —El Gordo se sacó la remera, las ojotas y se tiró de bomba.

Gonzalo se sentó en una reposera.

—Tirate, Gaby —dijo el papá. Estaba recontra bronceado, pero no era extraño porque en invierno el tipo estaba igual.

—Él es Gonzalo. —Ramiro no dejaba de mirarse en el reflejo de la puerta.

El agua estaba helada. La hermana salió al jardín; cargaba un mini componente y unos cassettes.

—¿Qué vas a poner? —El Gordo se acercó al borde.

—Ayer Radio Horizonte pasó una hora de lentos y los grabé.

El Gordo no dijo nada. Gonzalo supuso que hubiera querido que escucharan Zeppelin. Le pareció bien que esa vez no lo hicieran; aunque le hubiera gustado hacer unos largos, salió de la piletta porque todos estaban afuera. Se tiró en la reposera. Bryan Adams cantaba “Heaven”. Por primera vez durante el secundario sintió ganas de volver al colegio al otro día.

Recién lo hicieron después del entierro. Paula tenía todo, decían en el velorio. El padre se preguntaba por qué su hija había tomado una decisión tan drástica. La madre lloraba como nunca Gonzalo había visto llorar a nadie. Las chicas se contaban qué se pondrían para la fiesta de graduación. El Gordo no hubiera podido imaginar que pocos meses más tarde volvería a la casa de sepelios.

Los compañeros se habían acercado a la mamá de Paula para decirle que lo sentían mucho. Gonzalo supuso que le decían eso o algo parecido. Él estaba sentado al lado de un viejo derrotado. Gonzalo se aguantaba las ganas de llorar porque ninguno de sus compañeros había llorado. La mayoría se fue después de un rato. El Gordo se acercó a decirle a su amigo que él también se iría, que fuera con ellos a comer a The Embers. Pero Gonzalo sentía que debía quedarse en el velorio. Le dijo al Gordo que más tarde los alcanzaría. El Gordo arqueó las cejas y dijo que lo esperarían allá. El viejo sujetó el antebrazo de Gonzalo. Preguntó si Paula y él habían sido amigos. Gonzalo no había salido aún del estupor

y ya no pudo contenerse. Se limpió las lágrimas con las mangas y contó que había conocido a Paula en segundo grado. Ella había vuelto al país después de que su papá acabara su trabajo en el consulado argentino de San Pablo. El viejo hizo una mueca triste, como si ya supiera la información que el chico le había dado. Gonzalo no se animó a preguntar si Paula era su nieta. Se quedaron callados. En un momento el viejo chocó su rodilla contra la pierna de él. Gonzalo volvió a sobresaltarse. El viejo le señaló a la mamá de Paula con un movimiento de cabeza. Ella se había dejado caer contra una pared. Gonzalo se paró para decirle que lo sentía mucho. Seguro que lo recordaría. Hacía varios años habían festejado el cumpleaños de su hija y él fue el único que no levantó ningún caramelo después de que pincharan la piñata. Estaba por ofrecerle sus condolencias cuando ella sonrió sin ningún motivo aparente. Gonzalo se quedó quieto otra vez, esperó algún gesto de la mujer, pero creía que ella ni siquiera se había dado cuenta de su presencia. Dio la vuelta y el viejo ya no estaba.

A la salida del velorio Gonzalo se cruzó con Sara y con Emilio. No estaba seguro de que los padres del Gordo conociesen a la familia, supuso que sólo les había parecido oportuno ofrecer sus condolencias. En definitiva, los emparentaba que el Gordo y Paula habían sido los protagonistas en aquella obra de teatro. Emilio preguntó por su hijo. Gonzalo dijo que se había ido a The Embers con el resto.

—¿Y vos no vas?

—Preferiría ir a casa.

—Andá, no seas tonto, ustedes tienen toda la vida por delante.

Gonzalo se despidió y caminó unos metros. Un perro hurgaba en una bolsa de basura. Volvió la cabeza. La gente seguía entrando a la casa de sepelios. Al final fue a la hamburguesería. Era sábado y el estacionamiento del supermercado en la avenida del Libertador estaba repleto de autos. Los nenes que acompañaban a los mayores estaban vestidos de jugadores de rugby. Entró al local. Todos mordían las hamburguesas con la misma devoción con la que el perro había hurgado en la basura. El Gordo tenía la cara manchada de ketchup. Gonzalo los miraba comer y se le hacía agua la boca, pero dijo que no tenía hambre.

El primer día después del entierro, el director dijo que no formaran, que fueran directamente al aula. Había entrado con la profesora de matemáticas. Mientras ella acomodaba sus carpetas sobre el escritorio, él explicó que no debían guardarse las cosas que los entristecían, que si les costaba exteriorizarlas de forma oral, escribirlas era también una buena opción; agregó que le hicieran saber si llegasen a notar que alguno de ellos tenía un comportamiento retraído. A Gonzalo le pareció que les estaba echando la culpa de que Paula se hubiera suicidado. Él no había dicho que ella había sobrepasado la línea con el pincel. Sólo le había importado acompañarla hasta la casa porque ella le gustaba. Antes de acabar

su discurso, el director dijo que los morosos que aún no habían completado el pago del viaje de egresados debían hacerlo antes del viernes siguiente. El Gordo le preguntó a Gonzalo qué quería decir morosos, y él dijo que eran los que se guardaban las cosas que los entristecían. Se arrepintió por el chiste.

—¿Y por qué te pusiste colorado?

—No me puse colorado.

—Sí, te pusiste.

Es verdad que Gonzalo había sentido enrojecer y no le encontró sentido a nada.

—¿Vas a ir al viaje de egresados al final? —El Gordo preguntó durante el recreo. Comían un árabe de jamón y queso.

—Ni en pedo, Gordo, y mucho menos después de todo esto.

—Yo voy a ir, dicen que Mina Clavero está rebueno.

—¿Y qué vamos a hacer con nuestro viaje?

—No tiene nada que ver una cosa con la otra. Mis viejos me dijeron que ellos van a hacerse cargo del viaje de egresados y que yo me pagase el nuestro con lo que ganara en el laburo. Pero tenemos que decidir adónde vamos.

Desde que habían empezado a soñar con irse los dos solos a algún lado, Emilio los había ayudado a conseguir un trabajo como cadetes en una agencia de publicidad de un amigo. A la mañana estudiaban y a la tarde les tocaba repartir propaganda.

—No sé, Gordo, a mí me da lo mismo ir a cualquier lado, elegí vos.

A la salida el Gordo dijo que volvería por adentro. Quería pasar por la casa de Ramiro.

—La otra vez me olvidé una cosa y todavía no fui a buscarla.

Gonzalo no preguntó qué cosa se había olvidado o por qué no le había dicho a Ramiro que se la llevase al colegio. Pensó que era un alivio que el Gordo fuera al viaje de egresados. Antes de cruzar Uruguay se le ocurrió que podía hacerle caso al director y escribir las cosas que lo entristecían. En la librería que estaba enfrente del Copello compró un cuaderno chiquito de tapas blandas, que fuera fácil de esconder en el cajón de los calzoncillos.

En su primer día libre el sol de la mañana cubría buena parte de su pieza y le gustaba el olor de los pisos. En el trabajo lo dejaron que faltase hasta que retomase las clases. Aprovechó para ayudar a su tío en el puesto de diarios de la estación. Al mediodía no había mucha gente en el andén y su tío le preguntó si se animaba a quedarse solo; él cruzaría a almorzar al bar de la esquina. Gonzalo le dijo que sí. Antes de irse el tío le advirtió que todos los diarios y revistas tenían los precios en alguno de sus vértices. Gonzalo buscó uno de los ejemplares de *El Gráfico* que estaban exhibidos y empezó a hojearlo. Una pasajera revisó la caja de cartón repleta de libros usados y dijo que había títulos muy buenos. Sacó *El lobo estepario* y le preguntó cuánto costaba.

—No tengo idea, fíjese en los vértices.

Se oyó la bocina del tren. Antes de dar la vuelta la mujer dejó el libro dentro de la caja.

—Nene, el negocio va ir muy mal si se espanta de tal manera a los clientes.

Él salió de atrás del mostrador y revisó que el libro no tuviera el precio. Lo separó para avisarle a su tío en cuanto el hombre volviese de almorzar. El tren partió de la estación. Los que se habían bajado se esfumaron y sólo quedaron los que habían sufrido el cierre de las puertas en sus caras. Un señor con la transpiración corriéndole por la frente agarró el Clarín. Antes de pagarlo preguntó si valía lo mismo que el día anterior. Gonzalo volvió a decir que no tenía idea y que el precio debía estar en la tapa. El tipo pagó el ejemplar y fue a sentarse en el banco que estaba pegado al puesto. Se secaba la cara con un pañuelo. Su cuerpo lánguido se transparentaba debajo de su camisa. Gonzalo leyó la contratapa de *El lobo estepario* y le pareció bien que alguien intentase vivir al margen de las convenciones sociales. Lo abrió en la primera página y ya no quise dejar de leerlo. Su tío regresó y preguntó cómo había ido todo. Él le dijo que un señor había comprado el diario, pero que se había perdido de vender *El lobo estepario* por no haber sabido cuánto costaba. El tío le mostró el cartel pegado en el frente de la caja que decía 1 x 2000 australes, 2 x 3500. Lo mandó a la casa. Gonzalo sacó dos mil australes del bolsillo y le preguntó si podía comprarle el libro. El tío dijo que guardara la plata, que luego se lo descontaría del pago semanal. A Gonzalo le gustó que su tío creyera que lo podría ayudar durante el tiempo que no fuera al colegio.

A la noche Liliana dijo que había alquilado una película, que si quería que la vieran. Él respondió que no, que se iría a dormir temprano porque a las siete iba a ir al puesto para que el tío acabase con el reparto domiciliario. Ella preguntó si no se animaba a hacerlo y su hijo dijo que sí, pero que no sabía si el tío lo dejaría porque le había hecho perder una venta.

—Ay, Gonzalo —dijo Liliana en un suspiro. Por las dudas él no preguntó qué quiso insinuarle. Se encerró en la pieza, sacó el libro de la mochila y leyó diez páginas hasta que ya no pudo concentrarse. Se acordó del cuaderno que había comprado y lo sacó del cajón. Prendió la luz del velador que tenía sobre el escritorio. Escribió que hubiera podido hablar de *El lobo estepario* con Paula. Quizá la hubiera ayudado a distraerse de las cosas que la entristecían. Seguro que ella había leído muchos libros porque se sacaba diez en casi todo. Agregó que le había dado bronca que se hubieran reído de ella y que no era justo que se hubiera muerto. “No sé qué pensaría Emilio de toda la vida por delante que ella jamás viviría”. Releyó lo escrito y tachó con rabia hasta asegurarse de que nadie reconocería una sola letra. Luego hizo figuras geométricas en los márgenes que también se encargó de tachar. Por dejar algo escrito, decidió que escribiría sobre deporte como hacían los de El Gráfico. “Después de que pasara la pelota por debajo de la red, López me sacó del equipo. Mis compañeros todavía movían las cabezas. No podían creer que por mi culpa fueran a perder un partido intercolegial del

orto. Paula fue la única que se había acercado al banco de suplentes y me dijo al oído que no les diera bola, que no cualquiera pasaba la pelota por debajo de la red. No sentí que estuviera burlándose. Me había gustado que ella se riera con ganas”.

Gonzalo arrancó la hoja e hizo pedacitos la redacción hasta asegurarse de que nadie podría reconstruirla.

Al otro día volvió al puesto y otra vez su tío lo dejó solo. Vendió tres diarios y el Billiken. Un hombre revisó los libros usados, pero no compró ninguno. Gonzalo buscó alguno que pudiera leer después de que acabase *El lobo estepario* y encontró una antología de poetas latinoamericanos. Le gustó un poema que se llamaba *Espergesia*. No sabía qué quería decir y nunca antes había escuchado el nombre de César Vallejo, pero iba a decirle al tío que se lo llevaría, que se lo descontase del pago semanal. El tío volvió y anotó algo en una libretita; Gonzalo supuso que era la cantidad de horas de trabajo y el valor de los dos libros que se había llevado. Se preguntó si le descontaría cuatro mil australes o si podía considerar la oferta de dos por tres mil quinientos.

A la noche se fue a acostar y decidió que dejaría *El lobo estepario* para el otro día. En cambio, leyó los cinco poemas de Vallejo que habían publicado en la antología. Se levantó y sacó el cuadernito del cajón. “El día que Paula se suicidó, Dios habría vuelto a enfermar porque si no sería inexplicable que diera golpes tan fuertes”. Tachó la frase y contó que años atrás estaba jugando a la pelota en el patio de la casa y su abuelo vino a preguntarle si quería

ir a la cancha de Tigre en su bicicleta. Liliana se acercó a reforzar la idea porque Gonzalo se había quedado mudo. Nunca había visto un partido en la cancha. Caminaron por Libertador y doblaron en la esquina de Guido Spano. A esa altura había un montón de gente y le dio miedo porque hacían mucho ruido. El abuelo no pagó la entrada. Le pidió permiso al hombre de la puerta y se ubicaron al costadito de la tribuna. Se veía sólo un pedacito de la cancha, pero a él le alcanzaba con eso. Era hermoso ver el pasto tan verde. Después de un rato el abuelo preguntó si quería irse y Gonzalo respondió que sí. De vuelta a la casa se cruzaron con Paula y la mamá. La señora dijo hola y Gonzalo devolvió el saludo. El abuelo también saludó aunque no sabía quiénes eran. La mamá le explicó que Paula y Gonzalo iban juntos al colegio. El abuelo dijo que habían ido a la cancha por primera vez y la mamá de su amiga preguntó a Gonzalo si le había gustado. Él respondió que le habían gustado los colores.

Volvió a hacer pedacitos la hoja. No iba a dejar que Liliana descubriera lo que había escrito sobre el abuelo porque empezaría con la nostalgia y todo ese bodrio. Gonzalo tenía bastante con el futuro.

El sábado fue su última jornada de trabajo en el puesto de diarios. El día anterior el tío le preguntó si se animaba a abrir, que lo único novedoso sería disponer los diarios para la venta. Él llegaría más tarde para hacer el reparto. Aprovecharía la ayuda del sobrino para dormir un poco más. En un futuro no tan lejano el mismo Gonzalo podría trabajar para él a tiempo completo. En la tardecita del viernes

pasó por la casa del tío a buscar la llave del candado. Tomó el tren y bajó en San Fernando, dos estaciones más allá. Le gustó viajar entre pasajeros que parecían decididos. El tío vivía en la esquina de Constitución. Se había separado de su esposa. La casa que alquilaba tenía un living con la cocina incorporada, una pieza, un baño y un patio, todo pequeño, pero suficientemente limpio. Al tío parecía bastarle con sus tardes de pelota a paleta en el club, los juegos de cartas con su grupo de amigos, naturalmente pequeño, y los domingos en el patio tomando mate y oyendo La Oral Deportiva de Radio Rivadavia. Más rara era la alegría de su hijita, también pequeña, cada vez que su padre la buscaba para llevarla a la plaza. Gonzalo llegó a la casa, el tío le preguntó si quería quedarse a comer, él respondió que no, que prefería descansar para estar bien despierto a la madrugada siguiente. Le parecía una decisión responsable que su pariente valoraría algún día. Faltaba poco para que terminase la mierda del colegio. Gonzalo podría trabajar para él.

El sábado, al final del día, el tío no le pagó porque Gonzalo había gastado en libros más de lo que había ganado por su trabajo. Le aseguró a su tío que iría algún fin de semana para compensar las pérdidas.

El domingo estaba angustiado. Tenía que volver al colegio, pero quería dejar de hacerlo. Liliana no dijo preguntale a tu padre cuando llegue porque a esa altura el señor ya se había ido a perseguir sus sueños.

Llegó el lunes y volvieron a encerrarlo. El Gordo le contó lo que habían hecho en Mina Clavero, pero Gonzalo no

le prestó atención. Su amigo no preguntó por sus cosas y fue a sentarse con Ramiro. Gonzalo miró a la derecha el espacio vacío y no le importó demasiado. Miró a la izquierda y hubiera querido que Paula estuviese demorada, que le pusieran media falta. Pero todavía era muy temprano y, sin embargo, el sueño había terminado.



